

SAN CELESTINO, PAPA Y CONFESOR

Día 6 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

San Celestino, uno de los más célebres sucesores de San Pedro que se han sentado en la Cátedra Apostólica, fue educado por su padre Prisco, natural de Roma, en el sólido principio del santo temor de Dios y aplicado á las ciencias. Como se hallaba dotado de un ingenio sobresaliente, hizo en ellas grandes progresos, los que, juntos con un natural como nacido para la virtud, formaron en Celestino uno de los jóvenes más cabales de su siglo, distinguiéndose ya en la juventud por la ejemplar religiosidad de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría. Consagrado obispo de Ciro, en la Siria, y condecorado con el título de cardenal de la Iglesia de Roma, en virtud de los méritos que contrajo en el servicio de la Iglesia, brillaba nuestro Santo con la capacidad más extendida, con la caridad más abrasada y con el celo más generoso por la religión, siendo la veneración de todos. Cuando ocurrió la muerte de Bonifacio, primero de este nombre, á los 25 de Octubre de 425, y en el 3 de Noviembre del mismo año, fue elevado á la Silla Apostólica, persuadida Roma que á la sazón no se reconocía sujeto más benemérito para la suprema dignidad. Los que eran afectos á Eulalio, obispo de Lipe, antipapa de Bonifacio, le instaron que viniese á la elección, con el fin de inquietarla; pero despreciando tan odiosas propuestas, reconociéndose, se apartó de todas sus pretensiones, y se celebró la promoción de Celestino en paz y tranquilidad, con contento y alegría de todos los verdaderos fieles.

Colocado en el trono apostólico, gobernó según el concepto que tenía formado la Iglesia de Roma de su eminente virtud y grande sabiduría. Por su celo, siempre activo, se vio restituida á aquel su primer esplendor, á aquella serenidad que parece había obscurecido el funesto cisma. Aplicó Celestino todo su cuidado á unir las Iglesias con los vínculos de la caridad, y á prevenir anticipadamente todo lo que podía producir su división. Con no menor exactitud se dedicó á restablecer la disciplina eclesiástica, regular y secular, relajadas al abrigo de las banderías. Su solicitud pastoral tenía por objeto conservar el sagrado depósito de la fe y reformar las costumbres de todos los estados, no sólo con sus palabras y sabias predicaciones, sino con la eficacia de su ejemplo. Su vida era verdaderamente austera, sus penitencias continuas, y sus rentas de los pobres, de quien fue el más cariñoso padre.

El deseo que ardía en su corazón de dilatar el reino de Jesucristo le hizo enviar celosos misioneros apostólicos por varias partes del mundo, á fin de que resonase en ellas la voz del santo Evangelio; con cuya diligencia llegó á lograr la conversión de no pocas naciones envueltas en las miserables sombras de la muerte. Si no consiguió este triunfo en Irlanda y Escocia en la primera misión de su arcediano Paladio, con otros socios, porque se resistieron, aquellos naturales á su predicación, le concedió Dios este consuelo por medio de San Patricio, quien, habiendo venido á Roma á visitar los Santos Lugares que se veneran en aquella capital, conocido su espíritu por Celestino, después de tenerle consigo algún tiempo, y de haber probado su fe, doctrina y santidad, le consagró obispo, y le destinó á la conversión de la Irlanda, lo que ejecutó tan admirablemente, que mereció ser llamado el Apóstol de aquella nación.

Aunque todos estos laudables hechos bastaban para realzar el mérito de este insigne Papa, lo que más eternizó su gloria fue el ardor y actividad con que se dedicó á sofocar las perniciosas novedades que abrasaban la paz y los desvelos conque se aplicó á extinguir las herejías. Si en algún tiempo tuvo la Iglesia necesidad de un pastor, tan celoso y vigilante, de un Papa tan santo y tan sabio, y de una cabeza visible que fuese capaz de oponerse á los esfuerzos de la herejía, fue de Celestino.

Pelagio, hombre de grande ingenio, de vasta erudición y seductora elocuencia y enemigo capital de la gracia, se atrevió á negar la transmisión del pecado original en el género humano y la necesidad de la gracia, ensalzando tanto las fuerzas del libre albedrío, que sostenía que sólo con las facultades naturales podía el hombre cumplir los preceptos de Dios, justificarse y conseguir la salvación. Estos principios cardinales, de tan craso error, defendía su discípulo Celestio, hombre hábil y mordaz, con tanto empeño, que se llamaron sus secuaces celestianos, como pelagianos los de aquél. Juliano, otro discípulo del heresiarca, hombre erudito en letras divinas y humanas, sumamente elocuente y jactancioso, no satisfecho con proteger el error, tuvo la osadía de escribir varios libros contra San Agustín, ínclito defensor de la divina gracia, y contra la fe católica. Todos estos monstruos, que vomitó el abismo para inducir en los hombres las más perjudiciales máximas á la justificación y salvación, causaban en el Occidente daños irreparables, dignos de la más severa y enérgica corrección; pero armado Celestino de una fortaleza y un valor verdaderamente apostólico, los persiguió, pulverizó y anatematizó; refutó sus errores con sabias y eruditas cartas, y aun con el terror de las leyes imperiales, que se debieron á su infatigable celo; obligó á muchos de ellos á que abjurasen la herejía; aprobó los escritos de San

Agustín contra los dichos sectarios, y recomendó su doctrina y santidad con los mayores elogios en la epístola que dirigió á los obispos de Francia. Con no menor brío se portó contra Agrícola, hereje de la misma facción, que había corrompido las iglesias de Inglaterra, enviando de Francia, para purificarlas del contagio con honrosa misión, á los dos eminentes obispos Gesmano Altisiodorensis y Lupo Tricasino.

No fueron sólo los enemigos del Occidente los que experimentaron las victoriosas fuerzas del celo apostólico de Celestino. A los del Oriente alcanzaron sus solicitudes, sus desvelos y vigilancia pastoral. Muerto Sirinio, obispo de Constantinopla, fue elevado á aquella cátedra Nestorio, presbítero antioqueno, con tanto aplauso y aceptación, que se persuadieron los electores que había de ser otro Crisóstomo; pero, descubriendo á breve tiempo la perversidad que ocultaba en su corazón, se declaró autor de una inaudita herejía, que negaba fuese la Virgen Santísima Madre de Dios, asegurando deberse llamar *Cristípara*, y no *Deípara*, bajo el supuesto erróneo de establecer en Jesucristo dos personas, como dos naturalezas, contra el sacrosanto misterioso dogma, que cree y confiesa nuestra santa fe católica.

Apenas supo Celestino la execrable blasfemia, escribió inmediatamente á San Cirilo, obispo de Alejandría, para que le informase de la verdad: y habiéndolo hecho por medio de su diácono Dosidio, que envió á Roma con este objeto, volvió á escribir á aquel insigne prelado, para que interesase toda su sabiduría y autoridad en el reconocimiento de aquel nuevo sectario, y cuando no lo hiciese, arrepentido de su error, le excomulgase públicamente con todos los secuaces de la impiedad. También escribió á Juan Antioqueno, á Eufio de Tesalónica, á Juvenal de Jerusalén y á Flaviano Filipense, celebérrimos obispos de Oriente, para que se armasen y

combatiesen contra el perverso autor de la herejía. Pero no habiendo tenido el deseado efecto estos paternales avisos, no satisfecho su apostólico celo con haber condenado al heresiarca pertinaz en un Concilio que tuvo en Roma en el año 430, valiéndose de la protección del emperador Teodosio el Joven, hizo se celebrase un Concilio general en Efeso en el año siguiente de 431, que fue el tercero de los ecuménicos, al que asistieron doscientos obispos con los legados apostólicos, que lo fueron San Cirilo, Arcadio y Fosisto, obispos, y Felipe I, donde fue condenado Nestorio con su herejía, desautorizado, desterrado y recluso en el monasterio de San Euprepio de Antioquía, donde falleció infelizmente; y aun se dice que **antes de morir se le llenó la lengua de asquerosísimos gusanos que se la despedazaban, en castigo sin duda de las blasfemias que había vomitado contra la Santísima Virgen;** y para que constase en todo tiempo lo que la Iglesia católica cree y confiesa sobre la prerrogativa de la Santísima Virgen, que negaba aquel infeliz, se decretó en el mismo Concilio que se añadiese en la salutación angélica la expresión: *Santa María, Madre de Dios.*

Las cartas que Celestino escribió á San Cirilo, al emperador Teodosio y al Concilio, que copió á la letra el cardenal Baronio en sus *Anales*, leídas en aquella celebérrima asamblea, causaron en los Padres admiración por el infatigable celo, grande sabiduría y vasta erudición que revelan en el asunto de la controversia, confesando todos á una voz que á su solicitud pastoral debían las iglesias orientales el verse libres de la pestilencial herejía nestoriana, y de un error que destruía toda la gloria de la Virgen Santísima.

En medio de esta universalidad de cuidados, tuvo tiempo para dedicarse al establecimiento de varios códices de disciplina eclesiástica, y para componer y

arreglar diferentes partes de la Liturgia, que acreditan muy bien el celo con que se esmeró y condujo en el régimen de la Iglesia, y en que los divinos Oficios se celebrasen con reverentes al par que solemnes ritos y magnificencia. También logró, á fuerza de sus instancias, del emperador Teodosio que hiciese leyes y reglamentos para la mejor observancia de las fiestas, y que concediese muchas inmunidades á las iglesias, y privilegios á los clérigos.

No contento con la solicitud pastoral con que atendía á las necesidades de las iglesias, halló fondos para edificar y enriquecer los templos de Roma con prodigiosa magnificencia y liberalidad; prueba grande de su dilatado corazón y de su eminente piedad, á la que se debió la erección de la iglesia Julia, en la región séptima, cerca de la plaza de Trajano, que enriqueció con grandes donaciones, haciendo asimismo considerables dádivas á la Basílica de San Pedro. También adornó el cementerio, que construyó en una heredad propia, llamado, de su nombre, Celestino. Hizo tres veces órdenes en el mes de Diciembre, en las cuales creó 33 presbíteros, 11 diáconos y 64 obispos para diferentes iglesias.

Finalmente, los trabajos y fatigas apostólicas consumieron su salud; y colmado de méritos y de gloria por tantos triunfos como consiguió de las herejías, después de haber gobernado la Iglesia como diestro piloto, santo y sabio pastor por espacio de ocho años, cinco meses y días, murió en el ósculo del Señor en el año 432, y su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Priscila, en la vía Salaria.

**SAN GUILLERMO, CANÓNIGO REGULAR
DE SANTA GENOVEVA DEL MONTE, EN PARÍS,
CONFESOR**

San Guillermo, tan célebre en el siglo duodécimo por su virtud y por sus milagros, nació en París el año 1105, de padres muy distinguidos por su nobleza, y en su puericia se crió en la abadía de San Germán de Prez ó de los prelados, bajo la disciplina del abad Hugo, que era tío suyo.

El bello natural del niño Guillermo, su amor al estudio y su inclinación á la virtud, dejaron poco que hacer á la educación. Fue presto la admiración de aquella religiosa comunidad, á quien edificaba con sus ejemplos. Prendado el abad de las virtuosas inclinaciones de su sobrino, le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. Hízolo nuestro Santo, y desde luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspección de sus costumbres. Ordenado de subdiácono, fue provisto en un canonicato de la iglesia colegial de Santa Genoveva del Monte, donde todavía no se había introducido la reforma. La vida ejemplar del nuevo canónigo, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, y el grande amor que profesaba al retiro, que parece había de granjearle el cariño y aun la veneración de sus compañeros, le hicieron odioso á todos. Mirábanle como á reformador incómodo y molesto, y reputaban su observancia regular por censura y represión de su licenciosa vida. Pasó á tanto su aversión, que resolvieron obligarle á renunciar el canonicato. Fingió uno de ellos que quería ser religioso, y fácilmente le persuadió á que le siguiese en tan santa resolución; pero, habiendo descubierto Guillermo el artificio, se quedó en su cabildo, haciendo mayor empeño de ser cada día más observante y más ejemplar, edificando tanto á todo el pueblo, que Esteban, obispo de París, le ordenó de diácono, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus enemigos para estorbarle este grado. Vacó por este tiempo el curato ó prebostía de Epinay, que era provisión del cabildo de Santa Genoveva, á cinco leguas

de París, y los canónigos no tuvieron duda en proveerle en Guillermo, celebrando se les ofreciese este honrado pretexto para desviarle. Aceptóle el Santo, reteniendo su prebenda, por ser costumbre de aquella iglesia que dicho curato ó prebostía fuese servido por alguno del cuerpo del mismo cabildo.

No gozaron mucho tiempo de la mayor libertad que creían tener ya con haber alejado de sí á aquel virtuoso compañero, cuya observancia les incomodaba tanto; porque, habiendo venido á París en el año de 1147 el papa Eugenio III, y siendo informado de la licencia con que vivían aquellos canónigos, resolvió, con beneplácito del rey Luis el Joven, hacerlos regulares. Dióse la comisión á Sugerio, abad de San Dionisio, que introdujo en Santa Genoveva del Monte á los canónigos reglares de San Víctor, dejando á los seculares, durante su vida, la renta de sus prebendas.

Luego que lo supo Guillermo, sin deliberar un punto, renunció al instante su curato para hacerse canónigo reglar; y apenas abrazó el nuevo instituto, cuando fue su singular ornamento. Admiró á los más perfectos su exactitud en la disciplina regular, su devoción y su fervor. Hiciéronle superior de la casa, y luego se conoció lo que puede en una comunidad religiosa el ejemplo de un superior prudente y santo.

Aunque era muy vivo el celo que tenía por la disciplina regular, sabía temprarle con tanta prudencia, con tanta modestia, con tanta suavidad, que, al mismo tiempo que hacía guardar la observancia, hacía amable el precepto. Habiéndose esparcido en París la voz de que habían hurtado la cabeza de Santa Genoveva, Guillermo se ofreció á entrar en un horno encendido, llevando en las manos la cabeza de la Santa, que muchos prelados habían hallado en la caja, para prueba de que no era

supuesta.

No se ceñía á los límites de Francia la fama de la virtud de nuestro Santo; penetró hasta Dinamarca; y deseoso Absalón, obispo de Roschil, de restituir la pureza de la antigua disciplina en un monasterio de su diócesis, situado en la isla de Eschil, le pareció que ninguno podría ayudarle mejor á conseguir tan santo intento que el superior de los canónigos reglares de Santa Genoveva. Despachó, pues, cartas para este fin al preboste de su iglesia, que comunmente se cree haber sido el célebre sajón el Gramático, que compuso la Historia de Dinamarca. Aunque al abad de Santa Genoveva le costó mucho desprenderse del que era como el alma de la religiosa observancia de su casa, con todo eso juzgó que debía hacer á la mayor gloria de Dios este doloroso sacrificio. Partió Guillermo en compañía de otros tres canónigos que le ayudasen á entablar la reforma.

Fueron recibidos de Waldemar, hijo del mártir San Canuto, con extraordinaria bondad; y el obispo Absalón, uno de los más insignes prelados de aquel siglo, después de colmarlos de honras, les hizo importantísimos servicios. Luego que Guillermo se vio en posesión de la abadía de Eschil, se dedicó con el mayor empeño á establecer en ella la observancia regular. Para conseguirlo juzgó que el medio más eficaz era ir adelante con el ejemplo. Pero, desde luego, se descubrió ser empresa más dificultosa de lo que á él se le había figurado. Porque, así el riguroso temperamento de aquel clima como el poco uso en la lengua del país y la suma pobreza de la casa, pusieron su celo y su virtud en grandes y muy dolorosas pruebas. Los tres compañeros que había traído de París, no pudiendo tolerar el rigor del frío, ni las demás incomodidades de aquella tierra, le abandonaron, queriendo resueltamente volverse á Francia. Los religiosos de la casa, acostumbrados á la

relajación, no podían sufrir la reforma; el ejemplo sólo del abad los desesperaba, se volvían contra él, y mil veces pensaron acabar con su vida de diferentes maneras. Siendo esto tanto, con todo, eso no era lo que más afligía al santo abad.

Todo el Infierno parece que se había conjurado contra él, irritado de una reforma que estaba previendo había de encender el primitivo fervor de la religión en Dinamarca. Hallóse asaltado de las más violentas y más obstinadas tentaciones. Pero cuanto más crecían los estorbos y más se multiplicaban los lazos del enemigo de la salvación, más se daba Guillermo á la oración y á la penitencia. Premió Dios la constancia y la fidelidad de su siervo. No sólo se suavizó el genio indómito y silvestre de los religiosos, vencidos finalmente de su moderación, de su paciencia y de su blandura, sino que convirtió á gran número de pecadores, atraídos de la fama de su santidad, y tuvo el consuelo de convertir también á la fe de Cristo á todos los gentiles, que habían quedado aún en las costas del mar Báltico.

Contribuyó mucho á estos felices sucesos la multitud de milagros que obró, y puede pasar por el mayor de todos ellos su perseverancia y su tranquilidad inalterable en medio de tantas fatigas y peligros. Muchas veces le veían derretirse en copiosas lágrimas al pie de los altares, por conseguir nuevas gracias del Cielo para sí y para sus hermanos. Nunca se desnudaba el cilicio; dormía siempre sobre un poco de paja; jamás usó cosa de lino, y era continuo su ayuno. Siete años antes de morir le fue revelado el día de su muerte, y en este tiempo principalmente amontonó grandes tesoros para el Cielo, doblando su fervor, sus penitencias, su celo y paciencia.

Siempre que celebraba el sacrificio de la Misa

regaba los manteles con sus tiernas y fervorosas lágrimas, y cuando subía al altar consideraba que iba subiendo el monte Calvario. La última Cuaresma de su vida la pasó en excesivos rigores. El Jueves Santo celebró la Misa con tan extraordinaria devoción y ternura, que movió á lágrimas á todos los religiosos que la oían. Dióles la Comunión de su mano, y después lavó los pies á gran número de pobres. Acabada la comida, se estaba disponiendo para lavárselos á sus hermanos, cuando de repente se sintió asaltado de un violento dolor de costado, que le obligó á recogerse á su pobre camilla, donde se le excitó una calentura lenta. Finalmente, el día de Pascua, después de media noche, oyendo cantar en maitines aquellas palabras, *ut venientes ungerent Jesum*, clamó que ya era tiempo de que le administrasen la Santa Unción; y recibido este postrero Sacramento, penetrado de tiernos afectos de amor de Dios y de confianza en su misericordia, expiró á los noventa y ocho años de su edad, habiendo vivido cuarenta enteros en Dinamarca, dedicado al ejercicio de todas las virtudes, singularmente al de una rigurosísima penitencia. Sucedió su muerte en el año de 1203, manifestando desde luego el Señor la gloria de su fiel siervo por la multitud de milagros que obró en su sepulcro. Veintiún años después de su muerte, el de 1224, le canonizó el papa Honorio III.

La Misa es de la Dominica precedente , y la oración del Santo la siguiente:

Suplicárnoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesión del bienaventurado abad Guillermo para que logremos por su protección lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol San Pablo a los corintios, cap. 13.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna; la caridad no tiene celos, no obra mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la iniquidad; se alegra de la verdad; todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.

REFLEXIONES

No hay virtud de cuyo nombre, y aun de cuya máscara, se valgan más las pasiones, especialmente entre las personas que hacen profesión de espirituales y devotas, que la caridad. Después de lo que el apóstol nos dejó escrito del verdadero carácter de esta virtud, es fácil no equivocarla, y, con todo eso, á cada paso se equivoca.

Pocas veces se corrigen ni aun se conocen los yerros del entendimiento, cuando nacen del corazón y los cría la voluntad. Con todo eso, no sería incurable la ilusión, si se quisiese hacer reflexión á que la caridad dulce y benéfica es el carácter y el distintivo de la virtud cristiana: la caridad no es envidiosa, dice el Apóstol.

¡Oh buen Dios, y qué gran prueba de una secreta hipocresía es la envidia en personas religiosas, devotas y espirituales! ¿Es por ventura posible amar á Dios sin alegrarse de que otros le amen? ¿Es por ventura posible amar al prójimo y no complacerse en sus prosperidades? Esta complacencia en un alma verdaderamente humilde no es extraordinaria. La tristeza por la estimación ajena sólo se encuentra en corazones orgullosos, presumidos y poco cristianos.

Tampoco es ambiciosa la caridad. Con todo eso, vemos no pocas veces reinar la ambición con imperio absoluto en corazones muy presumidos de estar

inflamados en la más ardiente caridad. Siempre es despreciable la ambición; pero nunca se hace más odiosa que cuando se descubre en ciertos estados que se fundaron en la Iglesia de Dios para asilo de la cristiana humildad.

¡Qué indignidad, que unas personas que por su profesión no deben tener otro modelo que los abatimientos de un Hombre Dios, ni otras leyes que las más perfectas del Evangelio, aspiren á los primeros asientos, anhelan por las primeras ocupaciones! Esas elevaciones artificiales, efectos de la ambición, presto se desmienten á sí mismas. Pero ¡qué daño no hacen á los que se alimentan con ellas!

El Evangelio es del cap. 7 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Cuan angosta es la puerta y estrecho el camino que conduce á la vida, y cuan pocos son los que la encuentran!

MEDITACIÓN

Del camino de la perdición.

PUNTO PRIMERO.—Considera que hay un camino que guía á la perdición, y que es grande el número de los que caminan por él. ¿Y no serás tú de este número? No es dificultoso conocer cuál es este camino; porque, después de lo que dijo Cristo, no es fácil equivocarse. Camino ancho, camino muy trillado, doctrina halagüeña, moral relajada nunca fueron el camino de la salvación. Los santos ciertamente fueron por otro muy diverso. Esas entradas tan floridas, esas llanuras tan amenas engañan

á la muchedumbre; pero ¿adonde conducen al fin?

El camino que guía á la perdición es ancho y espacioso. Finge el sistema de conciencia que se te antojare; forja la moral más acomodada que te pareciere; éste es el oráculo. Indulgencia universal en favor de las pasiones; interpretaciones de la ley excesivamente benignas ; libertad del corazón y del entendimiento, que tanto debilita la religión, extinguiendo casi la fe; licencioso desorden de costumbres, perniciosas máximas del mundo, que proscriben todo lo que pone á raya los sentidos, todo lo que los refrena; reino del amor propio, donde está cautivo el espíritu del Evangelio, y donde triunfan la profanidad, las pasiones y el placer; por ventura ¿tenéis por término la felicidad eterna?

i Oh Dios mío, y qué extravagancia la de caminar con tanto descaro, con tanta serenidad por un camino que Conduce infaliblemente al precipicio! i Qué locura seguir una doctrina que reprobó el mismo Jesucristo! iAh, Señor, y por qué camino corro yo, cuando mi vida es tan conforme á mis deseos y tan poco arreglada á las suaves máximas de vuestra ley!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en materia de salvación no es el más seguro el camino más trillado. Escoge mala guía el que se deja gobernar de la muchedumbre. No usa de su razón el que se deja arrastrar, y es regla muy arriesgada la de vivir como viven los demás.

¿Qué regla más perniciosa ni más falsa que la que ha introducido el desorden y tiene como autorizada la licencia de las costumbres? Un uso que es un abuso, una moda extravagante y de capricho, el ejemplo de una docena de mujeres locas, sin rastro de entendimiento ni

de juicio, y de un montón de mozalbetes atolondrados y perdidos; el arte de hacerse rico por medio de grandes y reales usuras, paliadas con el pretexto de un industrioso comercio; una profanidad desmesurada, que confunde todas las clases, que reina en casi todos los estados con nombre de moda ó de costumbres, ¿son éstos los modelos que un cristiano se debe proponer? ¿Se procede con cordura, se camina con seguridad cuando, sin pararse mucho á discurrir sobre el camino que se elige, sin informarse siquiera adonde va á parar, se va á ciegas tras la muchedumbre, aquietándose con la engañosa consideración de que se va por donde van los muchos, los cuales están en el mismo peligro? Pues esto y no otra cosa significa aquella perniciosa máxima que se ha hecho ya como regla general de las costumbres: *Es menester hacer lo que hacen otros*. Esta es aquella puerta ancha, aquel camino espacioso que guía á la perdición; ésta aquella moral emponzoñada que tiene en el Infierno á tantas almas.

Yo también, Señor, le detesto: desde este mismo punto comienzo á mirar con saludable horror ese camino ancho, por el cual no sólo he andado, sino que he corrido tantos años ha á mi perdición; pero puesto, Dios mío, que por vuestra pura misericordia he comenzado á conocer que iba descaminado, dignaos guiarme de aquí adelante por el camino derecho de la salvación.

JACULATORIAS

Enseñadme, Señor, los caminos que conducen á Vos derechamente, y mostradme los senderos de la justicia.—*Ps.* 24.

Apartadme, Señor, del camino de la perdición.—*Ps.* 118.

PROPÓSITOS

1. **¿Será prudencia escoger uno un camino sólo porque es llano, porque es hermoso, porque es muy pasajero, sabiendo bien, ó á lo menos recelando con mucho fundamento, que le desvía del término adonde pretende llegar? Pues ésta es á la letra la conducta de los que buscan de propósito confesores condescendientes, acomodados y de manga ancha, gustando de la moral más laxa y más benigna. Los nobles, los ricos, los que están en grandes puestos, por lo común son de este gusto: quieren que se les lisonjee hasta en la observancia de los Mandamientos, hasta en el mismo sagrado tribunal de la penitencia. Parece que se hace odiosa la doctrina en siendo demasíadamente cristiana; es preciso saberla sazonar con cien condimentos para que se reciba con gusto. Aunque se predicara á gentiles, no se propondría con más miramiento. ¿Eres tú acaso de los cristianos de ese carácter? ¿Eres de los que buscan muy cuidadosamente un confesor laxo, ignorante, condescendiente y poco celoso? ¿Eres los que siguen opiniones excesivamente indulgentes? No quieras lisonjarte en punto de tanta importancia.**

2. ***El camino que guía á la perdición es ancho, y son muchos los que van por él. No te forjes un sistema de conciencia á tu antojo. Siendo rígido y severo con los otros, no reserves lo indulgente para ti. Esa vivacidad, ese ardor, cuando se trata en cosa que te interese; esa disposición á defender con el mayor empeño tus derechos, ¿no hacen un poco sospechosa tu doctrina? Esas fáciles dispensaciones el ayuno, y quiera Dios no sean también en la abstinencia; esas diversiones tan frecuentes; esa continuación en el juego, que parece le tienes por oficio, ese refinamiento en los placeres, etc., etc., todo esto ¿acredita que vas por el camino estrecho?***

¿No demuestra, por el contrario, que sigues el camino de los réprobos siguiendo el de la muchedumbre?